

## EN PORTADA

POR IVÁN DE LA NUEZ

**A**l inicio de *La isla que se repite*, Antonio Benítez Rojo recuerda sus jornadas durante la crisis de los misiles. Esos días de octubre de 1962 en los que el mundo estuvo al borde de la hecatombe nuclear gracias al tira y afloja coheteril entre Cuba, Estados Unidos y la Unión Soviética. Fue este, sin duda, uno de los momentos más críticos de la Guerra Fría, recreado más tarde por la literatura, el cine o sus propios protagonistas.

En medio del peligro, Benítez Rojo comprendió de repente —mientras observaba a dos mujeres que paseaban bajo su balcón ajenas a todas las alarmas— que no iba a pasar nada y que, en definitiva, allí no llegaría el apocalipsis. Y esto era así, razonaba el escritor, porque a pesar de los excesos verbales de JFK, NK o FC (los contendientes Kennedy, Kruschev y Castro reducidos a sus siglas), los caribeños de a pie eran poco proclives a la inmolación y le concedían la mayor importancia a esa costumbre tan poco heroica que consiste en seguir viviendo. De haber sucedido en Alemania, remató, hoy la humanidad “estaría aprendiendo a hacer fuego con palitos”.

Pues bien, tres décadas después de la aparición de ese libro fundamental, en el Caribe finalmente sí han estallado los misiles. Y a diferencia de lo que imaginó Benítez Rojo, en este siglo XXI sí ha tenido lugar el apocalipsis. Esto es, al menos, lo que proponen las distopías de Jorge Enrique Lage o Rita Indiana, escritores tan conocedores de la tradición como decididos a sacudir-la sin contemplaciones. En *Carbón 14. Una novela de culto*, Lage parte de una explosión devastadora de la que emerge una Habana poscomunista —mitad parque temático, mitad *reality show*—, estremecida por una realidad orwelliana en la que la vigilancia secreta del Estado se ha diseminado en la sobreexposición transparente ante las cámaras. En *La mucama de Omicunlé*, Indiana avanza aún más en el desastre, combinando los ritos de la santería con el comisariado de arte contemporáneo, el viaje en el tiempo con la música electrónica. Todo esto en medio de un Caribe mutante en el cual, después de su fracaso respectivo, a bolivarianos y neoliberales no les queda otro remedio que llegar a una entente tan estrambótica como peligrosa.

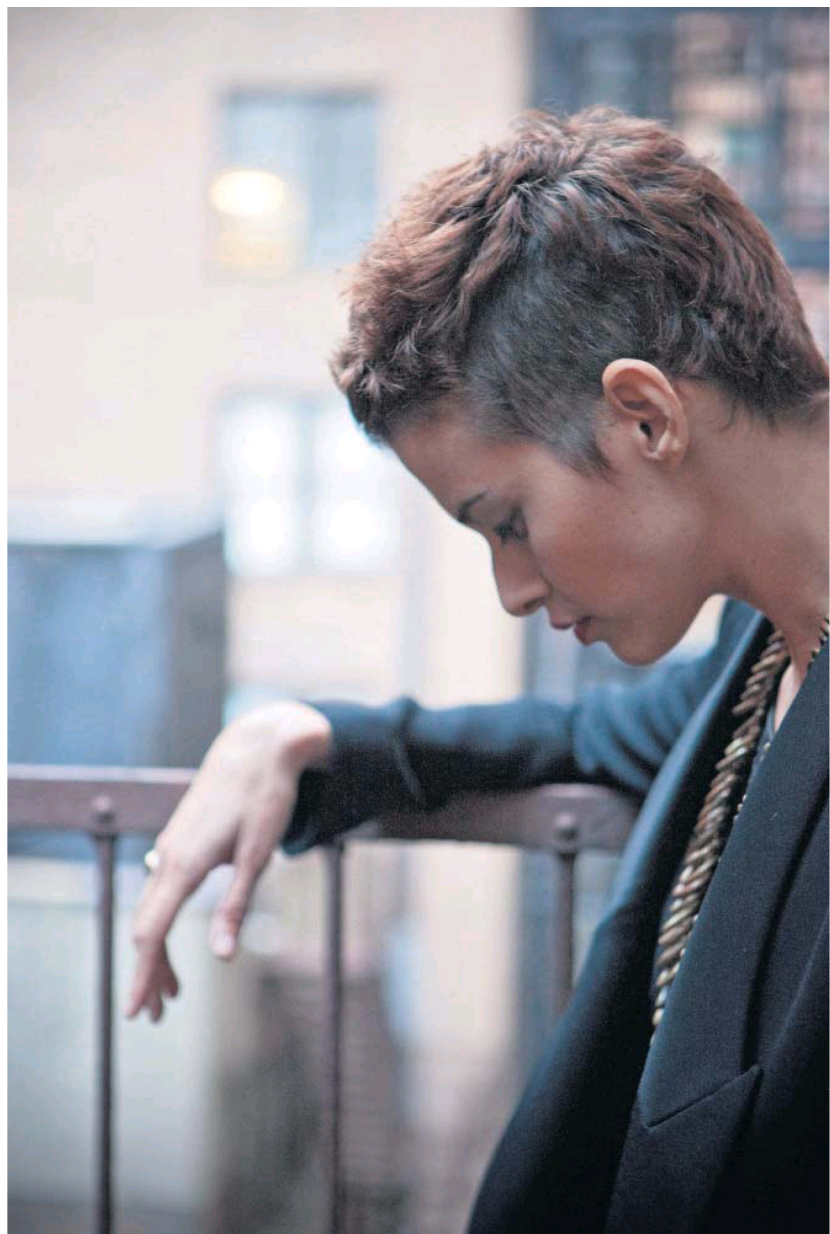
En esa cuerda, la exposición *Adiós Utopía: Dreams and Deceptions in Cuban Art Since 1950* —que puede verse ahora en el Walker Art Center de Minneapolis— opta por despedir la utopía cubana, mientras que en los próximos días, los artistas Allora y Calzadilla inaugurarán en la Fundación Tàpies una exposición en la que, presumiblemente, continuarán un camino en el que puede entrescribirse la despedida de la contrautopía puertorriqueña del Estado Libre Asociado.

Estos escritores y artistas, así como Mayra Santos-Febres, Riccic Oriach, Marc Latamie, Luis Negrón o Calle 13, afrontan el malestar irresuelto de una cultura permanentemente tensada entre unos Estados nacionales cuyos límites resultan insuficientes y la pertenencia a un archipiélago cultural y físico más amplio, unido sin embargo por aquello que lo divide. Bien “la maldita circunstancia del agua por todas partes” de la que se lamentaba Virgilio Piñera, bien la violencia, la tiranía,

A la derecha,  
la novelista  
y cantante  
dominicana  
Rita Indiana.  
EDITORIAL  
PERIFÉRICA

## ¿Quién quiere un ‘boom’ si ya tiene un ‘big bang’?

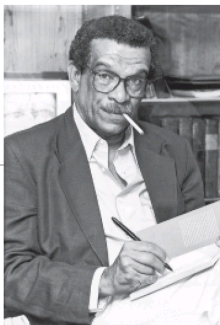
Un huracán real (Irma) y otro político (Trump) llevan el desastre al Caribe mientras su cultura vive un momento de esplendor



la invasión, la pobreza y la impotencia de los modelos ideológicos que han intentado redimirlo. Por eso parecen dispuestos a suturar, desde la cultura, las carencias de unas fórmulas políticas empaquetadas unas veces en forma de utopía socialista y otras de distopía neoliberal.

No es casual, entonces, que muchos de ellos recurran a Haití, el país más pobre de Occidente; y el país al que Occidente castigó más que a ningún otro la osadía de su revolución. Ese mismo Haití tan glorificado por surrealistas y amantes del realismo mágico como abandonado ante el terror de que acabe por convertirse en el futuro hiperrealista de todo el espacio insular. A estas alturas, no es cuestión de ignorar que Shakespeare se sumergió en las costas caribeñas y de ese baño salió su Calibán reconvertido en símbolo de la izquierda, según Fernández Retamar, Kamau Brathwaite o Aimé Césaire. O que Manuel Moreno Fraginals y Eric Williams hicieron pasar *El capital* por la plantación en libros como *El ingenio* o *Capitalismo y esclavitud*. Incluso Oscar Wilde se da su chapuzón en alguna costa, de la mano de Luis Rafael Sánchez —*La importancia de llamarse Daniel Santos*— o de Junot Díaz —*La maravillosa vida breve de Oscar Wao*—.

Entristece constatar, en sentido contrario, que un caribeño como Paul Lafargue escribiera *El derecho a la pereza*, participara en la fundación del socialismo francés y español, o tuviera por suegro nada menos que a Karl Marx, y que la izquierda de esas mismas playas en las que nació le hayan ninguneado hasta el punto de lapidarlo bajo los nombres de Nikitin, Afanasiev o Rumiantsiev en aquellas clases de comunismo científico tan al uso en mis tiempos estudiantiles. Tal vez (siempre y cuando sobreviviera a la debacle), la izquierda caribeña del porvenir reivindicaría a este hombre que magnificó a la pereza como un arma revolucionaria y fue capaz de colocar el placer como un elemento subversivo allí don-



## Caribe contradictorio

POR MAYRA SANTOS-FEBRES

La extensión de tierra más amplia en el Caribe es el mar. La lengua más hablada es el español y, sin embargo, la cultura fundamental de nuestras islas es la cultura afro-antillana. El Caribe es contradicción. Las maneras usuales para categorizar una cultura se quedan cortas para entender este circuito que hoy por hoy llamamos "cultura caribeña". Existen 114 islas que componen el Caribe. Algunas son islas-nación. Tal es el caso de Jamaica o Cuba. En otros casos, dos naciones comparten una isla, como ocurre con República Dominicana y Haití. La frontera que las divide es también líquida. Esta vez no es el mar el que distancia, sino la lengua. De un lado de la isla se habla español, del otro oficialmente el francés. Hay casos igualmente dramáticos,

**Cuba y Puerto Rico, los dos modelos llamados a iluminar el futuro de la zona, están en crisis**

**La literatura parece dispuesta a suturar las carencias de la utopía socialista y de la distopía neoliberal**

de su ilustre suegro había situado el sacrificio y el trabajo. Tampoco es recomendable olvidar que el invariable Dorian Gray del Caribe ha sido siempre el Plantador, camuflado, desde la trata de esclavos, en la zafra azucarera, la base militar o el *resort* turístico. O que la impronta de la primera revolución esclava y de la primera revolución socialista del hemisferio sigue marcando a unas culturas en las que un octogenero lo mismo puede convertirse en estrella global (Compay Segundo) que mantenerse en el poder (Fidel y Raúl Castro o Joaquín Balaguer).

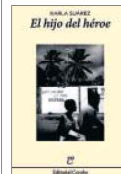
Pero este ansiado destino turístico es algo más que un complejo cultural de servicios, tan propio de esos cantos para soldados y sonas para turistas que versificara Nicolás Guillén. Los caribeños, a la vez que practican esa vida pintoresca para los otros, intentan al mismo tiempo guardarse algo para sí. Una existencia de consumo propio desde la que lanzar, como quien echa una cana al aire, las "raíces al viento" (tal cual lo sugirió Santiago Auserón). Es cierto, asimismo, que los antillanos tendemos a sublimar la parte insular y obviamos, a menudo, las zonas continentales de eso que responde al nombre de Gran Caribe. Quizá no sea más que un deslíz perdurable, pues el Caribe es tan inabarcable que sólo pue-

de atenderse desde una cosmovisión personal. (Un expresidente jamaicano llegó a proclamar que el Caribe llegaba hasta donde alcanzaba el sonido de los tambores).

El Caribe es también ese ámbito en el que los experimentos militares de Estados Unidos han provocado más zombis que el vudú y donde el reguetón ha conseguido unificar a más gente que el Caricom o el Alba juntos. Un Caribe en el que la ilusión por el norte de *boat people* y balseiros es contrarrestada, en dirección opuesta, por otras fantasías que llegan en embarcaciones de mayor calado, como los cruceros y los portaaviones. Un Caribe, en fin, en el que el huracán Irma o el huracán Trump —acaba de afirmar que Haití es un país de mierda— han afectado simultáneamente a dos modelos contrapuestos, llamados a iluminar, desde las antipodas, el futuro de la zona: Cuba y Puerto Rico.

Desde este cachumbambé, en cuyo sube-y-baja se disuelven las fronteras entre la cultura popular y cualquier otra forma de cultura, donde Derek Walcott puede escribir *Omeros* para componer su *Ilíada* antillana y al mismo tiempo una obra teatral como *Tambores y colores* para reafirmar la identidad más próxima, y donde Jamaica puede jactarse de ofrecer los corredores más rápidos y los *reggae*s más lentos, la nueva cultura va dejando de definir al Caribe a través de las causas y empieza a narrarlo desde sus efectos, con los hechos por delante de las doctrinas y la gente por encima de sus jerarquías. Si, como decía un "ambicioso de islas" como Robert Louis Stevenson, a todo el mundo le llega el momento de sentarse a un banquete de consecuencias, ese destino describe perfectamente a este mundo hoy sin reino. No hace falta, para conseguirlo, ir a la caza de la última moda u ocupar el espacio de otros territorios latinoamericanos más privilegiados por editoriales, productores musicales o museos. Y tampoco es que tenga demasiada importancia. En ese Caribe de las circunstancias, ¿a quién le hace falta clamar por un *boom* si ya tiene a mano un *big bang*?

*Iván de la Nuez es ensayista cubano.*



**A la izquierda, el poeta de Santa Lucía Derek Walcott, premio Nobel de Literatura en 1992.** GETTY IMAGES

### LECTURAS

#### Utopía y apocalipsis

**Otra vida.** Derek Walcott. Edición bilingüe de Luis Ingelmo. Galaxia Gutenberg.

**La mucama de Omicunlé.** Rita Indiana. Periferica.

**La maravillosa vida breve de Oscar Wao.** Junot Díaz. Literatura Random House.

**Mundo cruel.** Luis Negrón. Malpaso.

**Fe en disfraz.** Mayra Santos-Febres. Alfaguara.

**Los países invisibles.** Eduardo Lalo. Fórcola.

**La guaracha del Macho Camacho.** Luis Rafael Sánchez. Catedra.

**Carbono 14.** Una novela de culto. Jorge Enrique Lage. Altazar.

**La tribu.** Carlos Manuel Álvarez. Sexto Piso.

**Nunca fui primera dama.** Wendy Guerra. Alfaguara.

**La casa y la isla.** Ronaldo Menéndez. AdN.

**Teoría y práctica de La Habana.** Rubén Gallo. Jus.

**El hijo del héroe.** Karla Suárez. Comba.

**El comunista manifiesto.** Iván de la Nuez. Galaxia Gutenberg.

**La transparencia del tiempo.** Leonardo Padura. Tusquets.

**Cuba en la encrucijada. Doce perspectivas sobre la continuidad y el cambio en La Habana y en todo el país.** Edición de Leila Guerrero. Debate.

como el de la isla de San Martín. Con solo 34 kilómetros cuadrados, es parte de dos naciones: la mitad norte pertenece a Francia, y la sur, a los Países Bajos. Es, pues, una isla partida en dos colonias. En ella se habla francés, holandés y papiamentu, idioma criollo de base africana. Sin embargo, esa tercera lengua, no oficial, es en la que la gente se entiende cuando cruza varias veces al día una isla que es la memoria viva de toda una historia colonial.

Hace más de 500 años, Francia, Inglaterra, España y los Países Bajos se pelearon a sangre y pólvora el Caribe. Para convertirlo en plantación, desplazaron a la población nativa e importaron a cientos de miles de esclavos provenientes del oeste de África. De esa amalgama de culturas, nacen las culturas criollas y también los lenguajes no oficiales, las lenguas caribes. Son muchas más que las que las islas naciones, *territoires d'outre mer* o colonias, reconocen de manera oficial. En el Caribe se habla papiamentu, creole, *pidgin English*, patuá, garifuna (que es una mezcla de arahuaco con español), francés e inglés. Lo que pocas veces se señala es que hay norma y fundamento en este mar de diversidad que es el Caribe. Sorpresivamente ésta no se encuentra en el seno de las culturas occidentales que lo colonizaron. Se encuentra en las culturas afro-antillanas.

En *La isla que se repite* el cubano Antonio Benítez Rojo afirma que el Caribe es un sistema de islas, todas diferentes y a la vez iguales. Utiliza la teoría del caos y el lenguaje de la física cuántica para explicar lo que para cualquier caribeño es obvio: que el Caribe funciona como el jazz. O

como el blues o como la salsa o como el rap o como el sonero. Existe una clave que se repite, un compás que sienta la pauta para que la "improvisación" ocurra. En este tipo de pensamiento, es la lógica afro la que impera, una lógica que depende menos de las categorías claras, precisas, propias del orden "racional" con que se rige en Occidente. Existen otras racionalidades —el poeta y filósofo martiniqués Édouard Glissant las bautizó con el nombre de *poétique de la relation*— que hacen que, en nuestras tierras, lo diverso conviva en contradicción inclusiva. Suena extraño, pero es muy sencillo. Para nosotros, los afrodescendientes caribeños, todos los lenguajes sirven para nombrar la realidad, que es a la vez una y múltiple.

Pero hay una clave, un *beat* sobre la cual se dan las variaciones. Esa clave la da la cultura africana. Es una globalización, pero desde abajo. Y más negra. Y por lo tanto, no oficial. Mientras las culturas imperiales se peleaban por la mínima extensión de tierra de estas islas, los humanos que vivimos como carga en las barrigas de los barcos nos asentamos como el continuo cultural. Fuimos nosotros, los negros caribeños, el machete de la zafra, las paridoras de mano de obra barata, el sudor. Veníamos también de muchas tierras, pero para la resistencia, la supervivencia y el amor, había que entenderse. Así que, sobre el lomo de un pensamiento negado, brotaron nuevas lenguas y nuevos sistemas de expresión cultural y emotiva. De la contradicción nace la vida.

*Mayra Santos-Febres es escritora puertorriqueña.*